

Capítulo 13 - La caza del dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

- Capítulo 13 - La caza del dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

Capítulo 13 - La caza del dragón - La balada de un dragón semi-benévolo

Doomwing encontró a la hada fácilmente. Ella era, con diferencia, la árbol más grande de la zona, rodeada por un grupo de seres arbóreos que eran los siguientes en tamaño. Sin embargo, claramente había visto días mejores. Sus hojas deberían ser un verde exuberante y vibrante; en cambio, estaban opacas y cerosas, y su corteza se desprendía en varios sitios. La hierba a su alrededor era deslucida y sin vida, cuando debería estar en plena vitalidad, y los seres arbóreos respondían con lentitud y opacidad a su aproximación. Si hubiera querido, podría haber acabado con ellos mucho antes de que tuvieran oportunidad de defenderse. Pero, en cambio, se reveló pronto, para observar su reacción. Los seres arbóreos tardaron casi un minuto en desprenderse del suelo, moviéndose con una torpeza extraña, que nada tenía que ver con su tamaño y sí con la extraña apatía que parecía haberles robado la fuerza en las extremidades. La magia que latía en ellos y en la hada era menos potente de lo que debería ser, y la ausencia de bestias o criaturas salvajes que la ayudaran en su defensa decía mucho. Ella estaba enferma, y probablemente lo había estado por bastante tiempo. "No vine aquí a matarte," resonó Doomwing con voz potente al aterrizar cerca. "Busco plantas y jóvenes seres arbóreos para una hada que he conseguido." Frunció el ceño, intentando recordar su nombre. ¿Cómo se llamaba otra vez? Sin duda la había conocido antes, pero no solía recordar los nombres de todos sus contactos del pasado. Sin embargo, quería evitar un enfrentamiento, no porque temiera perder, sino porque incluso un golpe débil podría ser su final. Disimuladamente, lanzó un hechizo de novena categoría para indagar en sus propios recuerdos y así hallar su nombre. "Ha pasado mucho tiempo... Lydia." La hada emergió de su árbol y lo miró con cautela. Su piel era una mezcla moteada de verdes, y su cabello compuesto por enredaderas y hojas de variadas especies. En sus recuerdos, ella había sido digna de su nombre: vibrante, llena de vida, parecía casi brillar, capturando fácilmente la atención incluso en presencia de sus compañeras. "¿Vas a decirme que luzco bien, Doomwing?" Se detuvo un momento. "Ya empezaba a pensar que estabas muerto por la falta de explosiones. Parece que me equivoqué." "La Sexta Catástrofe casi me derrota, pero logré salir victorioso, aunque no sin ayuda." No era tan arrogante como para atribuirse todo el mérito él solo. "Y no voy a decirte que te ves bien cuando claramente estás hecha un desastre." Los seres arbóreos se mostraron irritados ante sus palabras, y sus cuerpos de madera se movieron con inquietud. Raíces punzantes emergieron del suelo, y ramas con espinas extendieron sus extremidades. Hojas filosas brotaron de sus espaldas, y varias formas ponderosas comenzaron a ocupar sus puntos ciegos. Tontos. No necesitaba verlos para saber dónde estaban o para destruirlos. "Tan directo como siempre." Lydia entrecerró los ojos, con dos pozos de jade desvaído. "Dijiste algo acerca de plantas y jóvenes seres arbóreos." "Sí." Invocó imágenes de las plantas que quería. "Deseo obtenerlas, y ofrezco a

cualquier joven ser arbóreo dispuesto un lugar junto a la hada que he conseguido." "Esas plantas... están aquí, y puedo ayudarte a encontrarlas. En cuanto a los seres arbóreos, eso depende de ellos. Los jóvenes no están aquí, están dispersos por las llanuras según sus costumbres. Algunos quizás estén dispuestos, pero te ruego que tomes solo a quienes quieran ir. Si buscas jóvenes seres arbóreos, esa hada tuya debe ser joven." "Lo es," respondió Doomwing. "Y Anthracia dijo que sería mejor que sirvieran jóvenes para evitar problemas futuros." "Tenía razón." Lydia asintió. "Pero antes de mostrarte dónde conseguir las plantas que buscas y utilizar mi poder para asegurar que sobrevivan al viaje, debes hacer algo por mí." "Supongo que necesitas ayuda con lo que te ha dejado en este estado." "Sí." Lydia frunció el ceño. "Sabes más sobre magia que cualquier otra persona que haya conocido, y mi problema tiene que ver con la magia. Arréglalo, y te ayudaré." "Hmm... eso es aceptable." Doomwing extendió sus sentidos y lanzó varios conjuros avanzados de adivinación y detección para examinar mejor a Lydia y su entorno. El problema era evidente de inmediato. Las hadas generalmente habitaban lugares con grandes cantidades de magia ambiental. Sin embargo, las corrientes mágicas en esta zona eran débiles, como ríos vaciados por la irrigación. Dado que no recordaba a Lydia como una tonta, esto debió ser una situación reciente, porque ninguna hada cuerda elegiría vivir en un lugar tan carente de magia ambiental. "Las corrientes mágicas en esta zona son débiles. ¿Cuánto tiempo llevan así?" preguntó Doomwing. "Al menos dos siglos, pero el problema ha empeorado cada día." Lydia señaló uno de los grandes pilares de piedra gris en la distancia. "Ese pilar controla el flujo de magia en esta área. No me preocupé por él, porque sus configuraciones por defecto eran más que adecuadas para mis necesidades. Pero alguien pudo cambiar esa configuración. Lamentablemente, no tengo suficiente poder para enfrentarlo, y no entiendo bien el pilar como para intentar modificarlo. Además, soy un hada. No puedo alejarme demasiado de aquí, y no puedo confiar en mis seres arbóreos para esta tarea." Doomwing asintió. Los seres arbóreos eran defensores firmes y generalmente leales, siempre que se cumplieran ciertas condiciones. Pero no eran especialmente inteligentes, y una hada sabia sabía dar órdenes simples y claras. Pedirles que manipularan tecnología antigua, creada por enanos y elfos, sería inútil. Podrían empeorar las cosas o, incluso, ser víctimas de los mecanismos de autodefensa del pilar. "¿Quién es el responsable?" preguntó Doomwing. "Una ballena celeste," gruñó la hada. "Por eso comprendo por qué no puedo tratar con ella." Doomwing parpadeó. "¿Una ballena celeste?" Aunque estas ballenas no eran tontos, era la primera vez que escuchaba que una operara una estructura como ese pilar. "¿Estás segura?" "¡Estoy segura!" insistió Lydia. "Al principio, solo volaban de un pilar a otro, alimentándose de las corrientes mágicas que conectaban tierra y cielo. Eso estaba bien. Pero un día, su líder hizo algo con el pilar. No sé cómo lo logró; quizá fue pura suerte. Desde entonces, el pilar ha ido acumulando más magia y la libera en el aire cuando llegan las ballenas celestes. Estoy muriendo de hambre porque ese pilar puede alterar el flujo mágico más allá de lo que puedo." "Los enanos y los elfos construyeron esas cosas bastante bien," dijo Doomwing. "Supongo que estarían contentos de saber que su invento aún funciona, incluso después de su muerte." "Necesito que resumas ese problema," pidió Lydia. "Si lo haces, te daré una recompensa adicional." "¿Ah, sí?" Doomwing mostró interés. Quería saber qué consideraba un 'bono'. "Las manadas que invadieron estas llanuras son tan peligrosas porque lograron ascender de lobos gigantes comunes a lobos de llamas. Ayúdame, y te explicaré cómo lo consiguieron." "¿Ascendieron?" Doomwing mostró una sonrisa. Su constructo le había informado de las andanzas de Antaria desde que partió. Ella se dedicaba a consolidar su poder sobre los monstruos de su territorio, como buena princesa. Y muchos de esos monstruos eran lobos gigantes, por lo que convertir a algunos en lobos de llamas—que podían envolver en fuego y usar diversos hechizos de fuego—sería muy útil. Además, Antaria había iniciado a los aldeanos en un

nuevo ciclo de cultivos con la ayuda de Daphne. A diferencia de los antiguos, estos cultivos serían sembrados y cosechados siguiendo métodos superiores, en línea con la Edad pasada. "Muy bien. Te ayudaré," dijo con una sonrisa más amplia. "Llevaba tiempo con ganas de comerme una ballena del cielo o dos." "Genial. Llegarán en cualquier momento."

La fortuna sonrió a Doomwing, pues los gigantes del cielo llegaron justo al día siguiente. Él los observó desde lo alto de las nubes, su presencia oculta tras runas. Había una manada completa, treinta en total. Los más jóvenes eran crías recién nacidas, que no medirían más de treinta pies de longitud. Se mantenían cerca de sus madres, mientras los machos formaban una frontera defensiva, listos para actuar en cuanto surgiera una amenaza. La mayoría de los machos medían entre mil y dos mil pies de longitud. Liderando el grupo volaba el más grande de todos, un gigante del cielo absolutamente colosal, aún mayor que Doomwing. Ese gigante debía medir casi un par de millas y media, y debía ser un viejo toro, por su coloración y el brillo casi metálico de los cuernos en su cabeza. Existían distintas especies de gigantes del cielo, pero esta en particular era conocida por ser carnívora. Usaban sus potentes mandíbulas para arrancar trozos de otros voladores. Sus cuernos eran una serie de picos óseos que sobresalían de la parte superior de su cabeza, casi como dientes. No eran muy largos, pero no estaban diseñados para ser usados como los cuernos de un unicornio o las astas de un ciervo. En lugar de ello, esos gigantes embestían a sus oponentes a toda velocidad, clavando sus cuernos profundamente en el cuerpo de su adversario antes de arrancarlos con un violento giro de su cabeza. Eso dejaba heridas enormes y profundas, que podían matarlo al instante o expulsarlo del aire. Más de un dragón había encontrado su fin subestimando a estos gigantes. Es cierto, no tenían la agilidad de un dragón en el aire, pero su velocidad en línea recta era impresionante en distancias cortas, y su tamaño y peso los convertían en oponentes temibles. En efecto, eran una de las pocas criaturas del cielo que con regularidad crecían más grandes que los dragones. Pero Doomwing ya había cazado gigantes similares, aunque el líder de esa manada era sin duda el más grande que había visto. Eso le hacía sentirse como un crío de nuevo. Aún recordaba su primera cacería de gigantes del cielo. Era joven, entusiasta y idiota, y apenas logró regresar a casa con una pierna rota y docenas de escamas agrietadas después de que un toro le rozara. Aun así, logró su primera captura, y el delicioso sabor y la satisfacción de la victoria aliviaron sus dolores. Las claves para cazar gigantes como ese eran golpear con fuerza y rapidez, y mantenerse en una posición incómoda para el gigante, dificultándole luchar. Los dragones tenían sus dientes, garras y fuego como armas principales, pero también manejaban magia y podían usar sus alas y cola en combate. Un gigante del cielo era más peligroso cuando podía morder a sus enemigos o embestirlos. Sí, tenían magia, pero generalmente eran lentos para usarla fuera de la magia de mejora, y solían tener dificultad en apuntar a algo que no podían ver. Doomwing se relamió con anticipación. Sería fácil acabar con los gigantes con su magia. No lo percibirían hasta que ya fuera demasiado tarde. Sin embargo, no venía tan lejos solo para privarse del placer de la caza. Además, matar a todos sería una estupidez. Una manada como esa sería demasiado para que incluso él pudiera comérsela toda. Podría matar al líder, arreglar el pilar y dejar que el resto de la manada crezca antes de buscar otro viejo toro en un siglo o más. No es que causaran más problemas a Lydia. Una vez que matara al líder, evitarían ese lugar como si fuera la peste. La manada se posó sobre el pilar, y Doomwing observó cómo la magia del viejo toro se extendía hacia él. El pilar respondió, y la magia brotó de él. Los gigantes devoraron con avidez esa magia, y el toro emitió un sonido de satisfacción que se asemejaba al retumbante estruendo de una tormenta. Doomwing sonrió con satisfacción. Imagínense. El gigante del cielo realmente manipulaba el pilar. Ya fuera por instinto, inteligencia o pura suerte, seguía siendo impresionante. Dejó que el viejo toro se llenara de magia. Quería que estuviera al máximo de sus fuerzas. Con un

estruendo, Doomwing disipó la magia que lo ocultaba y desplegó sus alas. "Has comido bastante, ¡pero ahora me toca a mí!" Se lanzó en picado justo cuando los gigantes del cielo huyeron en dispersión, los más jóvenes formando grupos para proteger a las vacas y crías. Doomwing sonrió interiormente. Esa manada era realmente impresionante. Dividirse en grupos aumentaba las probabilidades de que al menos algunos lograran escapar. De hecho, muchos depredadores se confundirían con esa táctica y lucharían por decidir qué grupo perseguir, permitiendo a todos escapar. Solo quedó el viejo toro, la criatura gigante de una milla y media que se elevó para enfrentarlo. El gigante del cielo no hablaba con palabras. No podía. En cambio, proyectaba pensamientos llenos de pura agresión e ira directo a la mente de Doomwing. Un dragón inferior habría retrocedido ante ese ataque, tal vez incluso se habría retirado. Doomwing rió. Hace mucho que no enfrentaba a alguien que no tuviera miedo de él, aunque ese gigante era un tonto que debería haber sabido mejor. "¡Hasta la muerte entonces!" retumbó Doomwing. "A la antigua usanza." Disipó las múltiples defensas mágicas que mantenía a su alrededor y canceló la magia de ataque que había preparado. El gigante del cielo quería enfrentarlo en un combate físico. Era una locura, dado todo lo que Doomwing podía hacer, pero su sangre hervía, y solo esa violencia primigenia la satisfacía. Olvidó las tácticas tradicionales que conocía, olvidó el análisis cuidadoso de fortalezas y debilidades por las que era famoso, y también olvidó el sigilo, la astucia o las artimañas. Esto era una pelea, una batalla de dientes y garras contra dientes y cuernos. Ambos se encontraron en el cielo sobre el pilar, y la onda expansiva del impacto aplastó la hierba debajo, rompiendo las nubes a su alrededor. Los cuernos del gigante rasparon sus escamas, y Doomwing rugió con alegría y furia, arañando la cabeza y el cuerpo del gigante. El gigante intentó morder sus extremidades, pero Doomwing las mantuvo alejadas de sus mandíbulas peligrosas. Las aletas y paletas del gigante batieron, impulsándolo más alto en el aire. Doomwing pudo haber intentado escapar y buscar una mejor posición, pero se aferró al gigante, rajando con sus garras, mordiendo lo que alcanzaba y azotando el toro con su cola. El gigante rugió de dolor, y un violento movimiento de su cuerpo hizo que Doomwing volara por los aires. Logró enderezarse justo a tiempo para ver cómo el gigante se lanzaba hacia él como una montaña voladora. Giró a un lado en el último instante, las escamas de su vientre estridentes mientras los cuernos del gigante rasguñaban su piel. Al mismo tiempo, giró y clavó sus garras en la espalda del gigante, dejando que su propio impulso imprimiera profundas surcos en la carne dura allí. Sangre brotó de las heridas y cayó al suelo como lluvia ensangrentada, y Doomwing se lanzó para aprovechar las heridas del gigante. Éste lo enfrentó con su cola, y Doomwing se apartó, con la mandíbula entumecida por la fuerza del impacto. ¿Cuánto hacía que no recibía un golpe así? Desde la Séptima Catástrofe, y esa había sido magia, no pura fuerza física. El gigante volvió a cargar, pero Doomwing estaba preparado. Esquivó con precisión esta vez, y se deslizó debajo del gigante, desgarrando su vientre y rajando sus aletas y paletas. Sin embargo, su tamaño tan enorme apenas parecía notar las heridas. Se giró hacia Doomwing y cayó del cielo como un martillo. A pesar de su velocidad y agilidad, Doomwing no pudo evitar el golpe totalmente. Le tocó el brazo izquierdo, y esa extremidad probablemente hubiera quedado destruida si no hubiera rodado con el impacto, girando como un barril para minimizar la fuerza del golpe y usando esa inercia para azotar con su cola. El golpe impactó la cara del gigante, y sintió como algo cedía. Pero en lugar de quedar aturdido por lo que probablemente era un cráneo fracturado, el viejo toro se enojó aún más. "Magnífico", bramó Doomwing. "¿Qué edad crees que tengo? Debes ser por lo menos de una Edad para ser tan grande y tan fuerte. Recuerdo que mi padre me advirtió cuando era solo un crío que, con todo nuestro tamaño y fuerza, un gigante del cielo como tú podría ser más fuerte en términos puramente físicos. No le creí, y sufrí por mi ingenuidad. Pero tú, gigantes del cielo, sois toda fuerza. ¿Dónde está tu agilidad, tu astucia, tu técnica?" El gigante del cielo no contestó. Atacó. Doomwing

podría haber usado magia para potenciarse, y el gigante, ahora que claramente comenzaba a perder, también, pero Doomwing quería disfrutar del combate. En el momento en que usara magia de mejora, la batalla terminaría, y eso sería aburrido. Lo que siguió fue como un juego de atrapados entre un dragón colosal y un gigante aún más colosal. Una y otra vez, el gigante cargaba, y cada vez Doomwing esquivaba, golpeando con unas cuantas heridas antes de retirarse, solo para repetir el proceso cuando el gigante atacaba de nuevo. Lentamente, pero en forma constante, el gigante sangraba, y la acumulación de heridas comenzaba a mermar su capacidad para mantenerse en el aire. Doomwing también había recibido algunos golpes, pero estaba radiante, su sangre ardía en sus venas, llena de júbilo. "Ya casi terminas, ¿verdad?" murmuró Doomwing. El viejo toro lo miró desafiante, a pesar de aceptar que iba a perder. Doomwing asintió con la cabeza. Podía respetar eso. Con un gemido de dolor, el gigante del cielo se preparó para otra carga. Era probablemente su último envión, dada su fuerza menguante. Que así fuera. Doomwing terminaría la pelea ahora. Le daría al gigante el honor de morir entre sus garras en lugar de desangrarse lentamente. El gigante cargó, pero esta vez Doomwing se adelantó para enfrentarlo. Se contorsionó en el último momento de una forma que solo un dragón podía hacer, y clavó su garra en la cuenca del ojo del gigante del cielo. La herida destrozó su cerebro, y Doomwing soltó su yelmo y desplegó las alas para ganar altura, mientras observaba cómo la criatura caía al suelo con un estruendo terrible. El gigante impactó contra la tierra con un golpe desgarrador, y Doomwing respiró profundamente varias veces. Sangre salpicada por todas partes de sus escamas, y más de ella goteaba de sus garras, dientes y cola. Se sentía más vivo que en siglos. "Ahora, a arreglar el pilar y luego podré comer". Su mirada se posó en un grupo de jinetes que se acercaba al gigante caído. Ah. Probablemente eran Derzu y su gente. Bueno, podrían esperar a que Doomwing terminara de comer antes de reclamar alguna de las partes. Mmm... ese gigante había sido un oponente digno. Guardaría una parte de su corazón para ofrecérsela a Antaria. La princesa sería lo suficientemente fuerte para sobrevivir comiéndola. Si no, bueno, había algunas técnicas que podría enseñarle para que lograra sobrevivir. Quizá sería otra lección más. Además, comer incluso una pequeña porción del corazón de esa magnífica criatura del cielo aumentaría su fuerza y resistencia. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Tendría que comerlo crudo, porque cocinarlo disminuiría su potencia. Eso sería divertido de ver.